

PALABRAS ANTE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA. San José, 29 de mayo de 2000

"Señor Presidente y Señores diputados.

Permítanme el honor de hablar hoy ante ustedes, "bajo el límpido azul de tu cielo donde blanca y pura descansa la paz" como dice el himno nacional de esta República hermana.

Y permítanme ante ustedes comenzar diciendo que hablo en esta casa de la política porque hacer política es ocuparse por los problemas de la gente y que la política merece sobrevivir si es capaz de darle vida a la democracia.

Me siento cálidamente acogido en este país vecino del mío, que se extiende por el suroccidente desde la bella isla costarricense del Coco -parque nacional y patrimonio de la humanidad- que nos vincula en el pacífico, en el marco de la fraternidad y transparencia de nuestros linderos comunes.

Nuestras naciones se precian de tener unas relaciones que van mucho más allá de la mera cordialidad y el respeto mutuo. Costa Rica y Colombia han compartido siempre valores y principios fundamentales, destacándose su apego al imperio del derecho internacional, su compromiso con la defensa de los derechos humanos y su fe inquebrantable en la democracia.

Las relaciones entre nuestros dos países constituyen paradigma de cordialidad, entendimiento y transparencia en el continente y en el mundo. En los últimos años, Colombia lideró con convicción y entusiasmo en las Naciones Unidas, tanto el apoyo a la candidatura de Costa Rica a la presidencia del Grupo de los 77, como a su ingreso como miembro no permanente del Consejo de Seguridad. Todo esto, además del entendimiento cabal que durante todo el proceso de pacificación de Centroamérica existió siempre entre nuestros dos Estados, producto lógico de nuestra vocación democrática y del respeto profesado al Derecho Internacional.

Señores Diputados:

Hace varios años nuestros dos países establecimos las fronteras entre nuestras respectivas jurisdicciones marítimas en los dos océanos, en las cuales, gracias al entendimiento armonioso y cordial que nos identifica, nunca se han presentado incidentes de ningún tipo, en un ejemplo de cooperación que podemos exhibir con orgullo ante el continente y el mundo.

Ahora la Honorable Asamblea Legislativa se prepara para examinar para su aprobación el Tratado sobre Delimitación en el océano Pacífico suscrito

en 1984. Mi Gobierno espera que el trámite pueda darse fluidamente para efectuar el respectivo canje de los instrumentos de ratificación. Hablo ante esta Asamblea Legislativa que funda su acción en el respeto activo de la dignidad de la persona humana, que ha hecho suya -y la promueve en la nación- la opción activa por la vida.

Yo creo, igualmente, que una sociedad pacífica es aquella donde crece -reconocido por todos- los derechos humanos en sus dimensiones civiles y políticas, como también en aquellas económicas, sociales y culturales.

Me interesa una democracia que optando por la vida, rechace la violencia que a diario se hace presente con los rostros preocupantes -que a todos nos interrogan- de la pobreza que se convierte en exclusión y en la pesadosa migración de quienes huyen sin rumbo fijo.

Me interesa una democracia capaz de saciar el hambre de tantos que tienen interrogada por él su existencia y la de los suyos, y que no se salvarán con una explicación académica sino con la presencia oportuna del "pan nuestro de cada día".

Nos interesa una democracia capaz de generar empleo y ocupación; no podemos aceptar como cierto el proyecto de una sociedad en la que el 20% trabaja incansablemente para sostener un 80% de desocupados insatisfechos. Estoy convencido que el puesto de trabajo es el certificado concreto del reconocimiento de la dignidad de cada ciudadano.

Legislar y gobernar para que esto sea posible es descubrir que la política es el arte de servir a la comunidad.

Yo creo, honorables legisladores, que el desempleo es uno de los peligros más reales para la democracia; su presencia da "a la luz" al ciudadano, su ausencia siembra a la sociedad de inseguridad. Qué doloroso es para muchos reconocer que Oscar Wilde tenía razón cuando afirmaba que "la vida es aquello que pasa mientras se busca trabajo".

Legislar para hacer posible el empleo es legislar por la paz.

Nos interesa una democracia que sea cuidadosa del medio ambiente, que reconozca que tenemos un futuro común; que en América Latina -"Nuestra América"- sepamos que en nuestras manos está la posibilidad de supervivencia del mundo. Cuidar del aire, de los bosques, de los ríos y los lagos, de los humedales es saber que no le vamos a heredar a nuestros hijos y a los hijos de ellos, un futuro irremediable de un desierto sin esperanza.

Nos interesa una democracia que le ponga punto final a la producción,

comercio y consumo de drogas; una democracia capaz de perseguir los capitales de la muerte y desenmascararlos con la ayuda de una sociedad internacional transparentemente solidario.

Me interesa y nos interesa una sociedad que sea capaz de ponerle término al tráfico de armas, porque éste multiplica la evidencia de una ideología de la justicia privada e impide que el Estado cumpla la tarea de ser garante de la vida del ciudadano.

Me interesa una sociedad que renuncie a dirimir con las armas y con la muerte sus diferencias y sus aspiraciones. La negociación, el diálogo y el consenso tienen que ser rescatados ahora. La comunidad internacional sabe de mi compromiso con la paz, los colombianos han aceptado mi plan de paz como "carta de navegación" para el ingreso en el siglo XXI.

El Ejecutivo, los legisladores, los ciudadanos, la subversión tenemos que reconocer que la violencia es el fracaso de todo proyecto político; cada acto de violencia debilita mayormente el tejido social; la violencia destruye, nada duradero se ha construido sobre la muerte de los otros.

Nosotros los políticos, los legisladores, tenemos que actuar de acuerdo para que rija de verdad el derecho internacional humanitario; para que no sean arruinadas las ávidas de los niños que comienzan, para que las armas nos sustituyan los juguetes y para que una sociedad de inválidos -víctimas de las minas queiebrapatras- no recorra las calles del mañana maldiciendo lo que pudo ser evitado y no lo fue.

Por iniciativa de mi gobierno el Congreso expidió en acción que lo honra, una ley para aprobar la Convención de Ottawa de erradicación de las minas antipersonales y otra que prohíbe la incorporación de menores de edad al servicio militar.

Me interesa -nos interesa- una democracia que haga suyo el supremo "derecho a la paz" y que en su realización se cumplan las políticas internas de paz y esa dimensión apasionante de la "diplomacia por la paz" de hondo contenido social y económico, que se traduce en inversiones y movilizaciones de recursos humanos, técnicos y financieros, que le otorgan sentido constructivo a ese derecho de ingerencia que está apenas buscando su diseño más adecuado.

Nos interesa una democracia vinculada a la verdad; una democracia que le rescate a la política y a los políticos los tres pilares de un futuro feliz a saber, la capacidad de soñar, de servir y de decir siempre la verdad. Que bueno es que la definición de político sea aquella de "persona que dice siempre la verdad".

Me interesa una democracia que reconociendo el valor de la mujer sea capaz de entregarle liderazgos ciertos como ocurre en esta Costa Rica de la coherencia en persona de Doña Rita Contreras, apóstol de los derechos del niño, de la mujer y de la tercera edad; luchadora contra la drogadicción que honra la política latinoamericana presidiendo esta Asamblea Legislativa.

Nos interesa una democracia capaz de cambiar, de ser siempre actual, honesta y nueva.

Confieso que me atormenta la evidencia de que la democracia no haya logrado realizar plenamente la democracia; que nos hemos quedado a mitad de camino; que el ciudadano común que nos ha entregado la verdad de su poder exige de nosotros más; que cada día la gente reclama soluciones y no explicaciones que en esta hora de la historia una "democracia incompleta" es un riesgo para la convivencia.

Quienes creemos en la democracia le estamos pidiendo a los demócratas que tomemos la iniciativa de cambiar, que no esperemos que el tiempo nos supere sino que superemos nosotros las expectativas de los tiempos.

Le estamos pidiendo a los ciudadanos que aprendan a participar y participen en construir esa verdadera sociedad civil que es la comunidad organizada en términos de poder para ayudarle al Estado en el logro del bien común. Le estamos pidiendo a los parlamentos -a los legisladores- que actúen oportunamente en erradicar la corrupción antes de que sea demasiado tarde y nos estamos pidiendo a todos nosotros, los políticos, los dirigentes, la capacidad de comprender que a un mundo nuevo no podemos ingresar con el saldo rojo de una justicia social que nos denuncia en cada pobre que ha renunciado a la esperanza.

He querido, por ello, por la fuerza de estos desafíos de un milenio y de un siglo que comienza, venir a Costa Rica -este santuario de la democracia- a decirlos con ustedes en voz alta, con la palabra de quienes queremos dar respuestas a los interrogantes de la historia que se expresan en el rostro múltiple de los ciudadanos.

He venido con el Plan Colombia que es el camino diseñado por mi gobierno para transitar de la democracia que tenemos a la democracia que soñamos. El Plan Colombia es el al mismo tiempo la ventana abierta para la solidaridad internacional. Es mi sueño de cooperación compartido, que confía en la certeza de la sabiduría popular, que afirma que un sueño soñado en soledad sigue siendo un sueño, mientras que compartido se convierte en realidad.

Y digo esto aquí para rendirles honor a ustedes, a la Costa Rica nuestra amiga, la que soñó en 1823, el 20 de febrero, con Colombia; para

rendirle honores a José María Castro, fundador de la República y maestro de la Democracia y para saludar en este lugar, casa de todos los costarricenses, a un pueblo que supo ya merecer la felicidad y el futuro.

Muchas Gracias